blicó, para mal suyo y triste ejemplo de ingratitud á los venideros.

Tal es el dictamen de la Comisión (1): la Academia, no obstante, acordará lo más acertado. Madrid 10 de Junio de 1875.

JOSÉ A. DE LOS RÍOS. JAVIER DE SALAS.

---

## V

DEFENSA (2) DEL INFORME EMITIDO EN 10 DE JUNIO DE 1875 SOBRE UN MANUSCRITO REFERENTE Á VIAJES DE MENDAÑA Y QUIRÓS POR EL MAR DEL SUR, Y PUBLICADO HOY BAJO EL TÍTULO *HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DE LAS REGIONES AUSTRIALES*, HECHO POR EL GENERAL PEDRO FERNANDEZ DE QUIRÓS

Con tal título encabeza el Sr. D. Justo de Zaragoza la Relación que ha publicado recientemente de los dos viajes que en descubrimientos por la mar del Sur verificó aquel navegante en 1595 y 1605, el primero como piloto mayor del Adelantado Alvaro de Mendaña, y el segundo como general de la flota expedicionaria, precedidos ambos viajes de un extracto del realizado en 1567 por el mismo Mendaña á las islas de Salomón.

Contiene este primer tomo, único públicado hasta hoy, un pró-

---

(1) Aprobado por la Academia, se pasó al Ministerio de Fomento y fué publicado en la *Gaceta* de 5 de Agosto del mismo año. En la impresión ó en la copia cometiéronse algunos errores de puntuación que afectan al sentido de la frase, como se explicará en el escrito que sigue.

(2) Si al escribirla hubiera creído que se podría dar á la estampa, la habría aligerado de pruebas y razones, y puéstola en forma que hiciese menos pesada su lectura.

logo dividido en tres partes: trata la primera de los descubrimientos anteriores; la segunda de los manuscritos objeto de su publicación, y asegura en la tercera que la relación publicada es la *Historia del descubrimiento de las regiones austriales*, escrita por el famoso poeta sevillano Luis de Belmonte Bermúdez, que con el carácter de cronista acompañó á Quirós en el último de sus citados viajes.

Veamos el camino que toma para fundar su aseveración en estas palabras:

«Anticipando la averiguación de su nombre (alude al autor del manuscrito), atribuyóse ya la paternidad de la obra, en el proyecto de la Biblioteca Hispano-Ultramarina, que con el presente tomo empieza á ver la luz, al eminente poeta sevillano Luis de Belmonte Bermúdez, secretario del capitán Quirós y su cronista en el viaje á la tierra del Espíritu Santo. Pero la Real Academia de la Historia, al emitir en Junio del año próximo pasado el informe que sobre esta publicación le pidió el ministerio de Fomento, contradijo el aserto en la forma más sensible para quien tal responsabilidad contrajo ante el público, puesto que ni una indicación hizo siquiera de la persona que escribió tan importante documento. Esta circunstancia y las que colocan á la Biblioteca en la indispensable precisión de defenderse, si no quiere nacer desautorizada y muerta, fuerzan la voluntad á dejarse llevar del amor á las propias inspiraciones, muy natural aun en las modestias más exigentes y lanzarse á sostener la afirmación sentada en aquel proyecto.»

Como ponente del dictamen censurado en el párrafo trascrito, no se ocultó al que tiene la honra de dirigirse á la Academia, el deber de darle cumplida explicación sobre aquel informe, al par que al dignísimo Académico que se dignó autorizarlo con su respetable firma, ya fuese para confesar errores con la lealtad que es debida, ya para ratificar lo escrito con la tranquila sencillez de la verdad. Quizá no fuera oportuno su cumplimiento hasta la publicación del segundo tomo prometido; pero el temor de que la demora se interpretara por falta de razones para la réplica, y el más cuerdo aun de que la pudiesen impedir, entre otros accidentes fortuitos, el término fatal de espera que tenemos en esta

antesala de la muerte, oblíganme á apresurarla, ganoso por otra parte de no acrecentar la deuda que con esta ilustre Corporación tiene contraída quien fué elevado á uno de sus sitiales, no por el merecimiento, sino por su fortuna.

Ni la severidad del cargo, ni mucho menos la eminencia de la entidad á quien taxativamente se dirige, ni la índole de la impugnación, ni las circunstancias que concurren en el libro donde se estampa, consienten la brevedad que cumpliría si sólo se tratase de un individuo aislado, sobre todo de mi humilde persona; y aunque la aconseje y pueda autorizarla el móvil de la censura que, según palabras del Sr. Zaragoza, es el *amor á sus propias inspiraciones*, por haber ya aventurado la paternidad del manuscrito, objeto de la cuestión, el que suscribe, que en hechos históricos no sabe afirmar por inspiraciones sino con pruebas, que debe dudar cuando éstas no sean evidentes, y negar si de ellas resultase la negación, se ve en el trance de molestaros, señores Académicos, y en la necesidad de rogaros que le otorguéis, no vuestra benevolencia en esta vindicación—que la justicia ha de ser, y así lo habéis practicado siempre, tanto más inexorable cuanto más próximo sea el procesado—sino vuestra indulgencia para la forma de esta especie de alegato literario, que ha de mortificar vuestra atención, como todos los alegatos en que la profusión de pruebas tiene que suplir á los escarceos del ingenio.

Antes de pasar á nuevas palabras del Sr. Zaragoza, importa exponer que, con el cargo de evacuar informe, sólo recibió la Comisión, y después el que suscribe, una copia del extracto del primer viaje de Mendaña, verificado en 1567, y de la relación del segundo en que Quirós, como piloto mayor, fué parte. No acompañaba á ésta la de la expedición última, continuación del manuscrito, ni tampoco, y en verdad que no había para qué, el prospecto de la Biblioteca Hispano-Ultramarina de que habla el señor Zaragoza, y que aún no conoce el que suscribe. Y aunque su lectura no hubiese alterado el informe, demuestra tal circunstancia que no pudiendo existir ataque, huelga la razón de la defensa con que se procura cohonestar al que aparece en las páginas transcritas que prosiguen así:

«Opina, respecto del asunto, la respetable guardadora de la his-

toria patria, y dice textualmente después de dar á Quirós, por distracción, sin duda, el mismo nombre de Fernando que le aplicaron los escritores extranjeros Läet, Grocio, Moreri y otros,» que no es fácil ni del caso averiguar quién fuera el autor del trabajo (dato cuya posesión tiene, en mi humilde criterio, inapreciable importancia histórica). Y de seguida añade: «A juzgar por algunas frases, parece del mismo Quirós (1), si la circunstancia de no ser por lo común los exploradores hombres de letras, induce á suponerlo de su cronista, al saberse que lo fué de Quirós, Luis de Belmonte Bermúdez, uno de los escritores más notables entre los muchos celebrados de su época, hay que desistir de esta conjetura al leer la obra, aun cuando no hubiese otras razones de lugar y tiempo que la contrariasen.»

El Sr. Zaragoza, que copia literalmente esta parte del informe de la *Gaceta*, ha creído que se descarta á Quirós por completo de la paternidad del Manuscrito. Maravíllame que de no haberlo interpretado según su verdadera y única lección, haya entendido una sola frase de un párrafo cuya puntuación errada despoja de sentido á todas, hasta el extremo de no haber comprendido á primera lectura ni una sola, puedo asegurarlo, el mismo que lo redactó, olvidado como estaba del asunto. Imagínese un inciso en vez de punto y coma ó dos puntos entre el nombre *Quirós* y la condicional *si*, y punto y coma en lugar de coma entre el sustantivo *época* y el verbo *hay*, que es como aparece, y abrigo la seguridad de que el lector que desee entender lo que se ha querido escribir, y no lo que le convenga leer, ha de suplir mentalmente los errores materiales que por necesidad supone cometidos.

Bajo tal lección echaría de ver que lejos de negar á Quirós la paternidad del Manuscrito, se inclina á creerlo suyo, sin abrigar por ello seguridad de que lo sea, más que en la parte en que él mismo habla; y omítense conjeturas sobre lo demás del escrito, ya por no tener quien lo redactaba, como dicho está, inspiraciones en materia de hechos concretos, ya por guardarse mucho de emitirlas aunque las tuviera, ante esta docta Corporación, que

(1) Así en efecto, con tal error de puntuación apareció en la *Gaceta*.

con justo motivo habría de rechazárselas para mostrarse con la prudencia, parsimonia y gravedad que le caracterizan y siempre ha conservado. «Si la circunstancia, añadió la Academia en su informe, de no ser por lo común los exploradores hombres de letras indujese á suponerle de Luis de Belmonte Bermúdez, por saberse que fué cronista de Quirós, habría que desistir de la conjetura al leerse el Manuscrito, aun cuando no hubiese otras razones de lugar y tiempo que la contrariasen.»

Así dijo, y por fortuna no hay el menor fundamento para rectificar, no obstante la impugnación á que el autor del prólogo mencionado obliga el amor á sus propias inspiraciones. Por el que los demás tenemos á la sana crítica, demostraríalo á continuación en breves palabras, si la cortesía no me mandara salir al encuentro de otras que, por la atenta frase que las envuelve, su colocación en el período é inofensiva tendencia, reclaman la primacía.

Mi ilustrado amigo supone que la Academia, por distracción sin duda, llamó á Quirós Fernando. Nada habría que objetar si en seguida no añadiera que en el mismo error incurrieron Läet, Grocio, Moreri y otros autores de extranjero origen; y aun sería pequeñísimo incidente, si en páginas anteriores no le hubiera merecido el concepto de profano, entre otras causas, por el mismo error, el compilador del manuscrito que publica el Sr. Zaragoza, con el título que mejor cuadra á sus inspiraciones.

Ignoro quién sea el tildado de profano, si bien no creo aventurar mucho designando su nombre entre los ilustrados marinos Bazterrechea ó Sanz; y por lo menos el respetabilísimo Fernández Navarrete, según palabras suyas en el prólogo de su obra *Viajes y descubrimientos*, examinó y tuvo á su cargo cuantos manuscritos sobre tal asunto existían en la Biblioteca Real. Quien quiera que fuese, no lo creo merecedor del calificativo que le regalan por el error de llamar Fernando á Quirós en la portada de las relaciones de estos viajes; y cualquiera se convencerá solo con discurrir, que habiendo dirigido la copia ó tenido por lo menos á la vista el mismo manuscrito donde en cabeza de varios de sus artículos se lee claramente Pedro Fernández de Quirós, hubiera aprendido de memoria el nombre, dado que lo ignorase antes de comenzar su trabajo.

La cuestión, pues, no estriba en saber ni en ignorar, sino en no carecer absolutamente, no ya de vista, sino también de oído.

Y ¿qué diré respecto á la especie de endose indirecto del error á esta Academia, la cual, á más de poseer muchos memoriales del tenaz pretendiente Pedro Fernández de Quirós, así encabezados con letras capitales, tiene en su archivo la colección manuscrita de documentos, donde tantas y tan repetidas veces se consigna aquel nombre? Sobre todo, que si se le hubiera olvidado, recordaríaselo el mismo manuscrito que reclamaba su informe.

Así que, sinceramente creo que el Sr. Zaragoza, por distracción sin duda, del calificativo regalado al compilador anónimo, pudo dar á entender que «la Academia, sin duda por distracción,» incurrió en el error que censura y hace extensivo á Läet, Grocio y Moreri. También intento hacerle justicia y el favor posible, interpretando la intención de la censura contra el autor del dictamen; pero, además de subsistir iguales razones respecto á éste, porque no pudo informar sin tener á la vista el manuscrito donde hasta la saciedad se lee *Pedro*, precediendo á *Fernández* de Quirós, ¿ha olvidado que dicho autor, que es el que tiene la honra de escribir estas líneas, custodia bajo su responsabilidad, y hojea por deber, varias colecciones de documentos, entre ellas la del ilustre Navarrete, la cual contiene no solamente los memoriales del piloto, sino en el mismo manuscrito que le facilitó con sumo gusto para que pudiese verificar á su sabor la compulsa? Pues si esto recordara al escribir su prólogo, ¿no era más lógico suponer error material de Fernando por Fernández en algunas de las copias por que pasan estos escritos antes de ver la luz, á mayor causa cuando debía en el primer párrafo leerse lo primero, cual copia fiel del epígrafe que consta en el remitido por el Sr. Zaragoza, é inducir al copiante á sospechar el error en la segunda palabra, ó sea en el patronímico? ¿Quién sabe si cosa análoga habrá acontecido al leerse Fernando en Grocio, ó si en las ediciones por que ha pasado la obra de referencia se habrá escrito *Ferdinandi* y traducídose impropiamente el nombre por el patronímico?

Lejos de mi ánimo creer que obligado á impugnar por amor á sus propias inspiraciones, y no teniendo otro punto flaco, se

fijara en éste la crítica: y digo que no lo creo, no tanto por la nimiedad del pecado que aparece cometido, como por la honra excesiva que me dispensaría al hacerme en ataque de esta índole solidario de los autores nombrados, y aun del que llamó profano compilador del manuscrito, si lo fué Baztarrechea y examinó Navarrete.

Entremos ahora en la demostración aplazada.

No conozco otros antecedentes sobre el poeta Luis de Belmonte Bermúdez que los facilitados por La Barrera en su *Catálogo bibliográfico biográfico del teatro antiguo;* los que constan en el tomo segundo de la *Biblioteca española de libros raros y curiosos*, formada con los apuntamientos de Gallardo, por los Sres. Zarco del Valle y Rayón, y el juicio consignado por el Sr. Mesonero en los *Dramáticos contemporáneos de Lope de Vega.* Tampoco da muestras de conocer más el Sr. Zaragoza, ó por lo menos no los aduce para refutar el informe de la Academia, y tener su inspiración por segura acerca de la paternidad de los manuscritos que publica.

Como dato biográfico especial nos dice el Sr. La Barrera que Belmonte nació en Sevilla por los años de 1587. Tal fecha quedaría en tierra con la inspiración del Sr. Zaragoza, es combatida por mi ilustrado amigo, suponiendo que tal vez se haya pospuesto el 7 al 8. Combátela además por creer que en este dato debió fundarse la Academia al decir que circunstancias de lugar y tiempo contrariaban la conjetura de ser Belmonte autor del libro en cuestión.

Aunque tal circunstancia favorezca la razón del informe, hasta el punto de bastar por sí sola para fundarlo, confieso ingenuamente que ni siquiera la recordé al emitirlo. Tantas son las pruebas de otra índole que había para escribir lo que en él consta, y hay para confirmar y ratificar lo escrito, que una más ó menos importa poco.

Las razones de lugar y tiempo fundábalas y las fundo en la clarísima prueba que proporciona el manuscrito. En trozos de la relación del segundo viaje, escribe Quirós nombrándose claramente, yo Pedro Fernández de Quirós; en otros, sin nombrarse, habla en primera persona; á veces encuéntrase en tercera el cargo de piloto mayor que ejercía. En estos dos últimos casos

podrá ser el mismo quien escribe, no obstante las alusiones al cargo por él ejercido, ó podrá no serlo; pero en uno y en otro y en todo el escrito demuestra ser el autor testigo presencial de los hechos que narra. Es decir, que iba á bordo; y como consta que Belmonte no iba, y en esto no puede menos de convenir el señor Zaragoza, claro es que las razones de lugar y tiempo aseveradas constituyen el *ergo* del silogismo.

Esto, que bastaría para defensa del informe y broquel contra la impugnación, arguye además de una manera concluyente contra la inspiración sostenida por el Sr. Zaragoza con más deseo que fundamento. Luis de Belmonte Bermúdez, entre doce novelas de las que cada una le pudiera granjear el mérito de grande ingenio (así se lee en sus antecedentes), escribió una en prosa, titulada *La historia y descubrimiento de las regiones austriales* por el general don Pedro Fernández de Quirós, de quien fué secretario y cronista. En su poema la *Hispalia* hay un verso que, refiriéndose al viaje verificado en 1606, ó sea el último de los que comprende el manuscrito, dice: «La falta de scriptor que yo suplía.» Y estos datos bastan y sobran al Sr. Zaragoza para impugnar el dictamen de la Academia con toda la fuerza de la convicción, sin recordar otros antecedentes que figuran al lado de los que juzga favorables á su propósito, ni tener en cuenta los evidentemente contrarios que constan en el manuscrito, ni reflexionar siquiera en la posibilidad de que sobre un mismo asunto diserten ó escriban dos, tres ó más personas.

Enumeremos todo lo que falta al raciocinio:

1.° No ha tenido en cuenta que á Belmonte no lo tomó Quirós s por secretario y cronista hasta su último viaje, ó sea tercero del manuscrito, y quizá no la conociera antes, á juzgar por las palabras «buscó el general Pedro Fernández de Quirós persona que hiciese este oficio, el de cronista». Claro es que comenzó su oficio en 1606, y estando escrita la relación del segundo viaje verificado con diez años de antelación, en parte expresamente por Quirós, y en parte, si no por él también, como parece verosímil, por testigo presencial de los hechos, no podía ser Belmonte este testigo.

2.° No ha reflexionado que la expresión «la falta de scriptor

que yo suplía,» dado que no fuese una licencia de concepto, que lo es y muy de bulto, no puede rigorosamente aplicarse más que al último de los viajes contenidos en el manuscrito, ó sea á la tercera parte de lo que supone el Sr. Zaragoza la obra de Belmonte.

Que es una licencia, debía haberlo deducido al recordar que en tales viajes iban por lo común, y fueron en éstos por orden del Rey, cierto número de frailes descalzos de San Francisco, que eran los mejores cronistas; y á ellos pudiera atribuirse alguna de tantas relaciones, semejantes á las dos primeras, que se conservan manuscritas ó corren impresas. Religiosos, por otra parte, deseados por Quirós, á juzgar por sus sentimientos católicos manifestados en todos sus escritos, y expresamente en el siguiente párrafo de su décimoctavo memorial: «Si Dios me hiciera mer»ced de darme á escoger las personas que á mi alcanzar conviene »para empresa de tanta honra y gloria suya, suplicarle la fuese »servido de enviar todo su colegio apostólico; y si el Pontífice »romano me dijera, pide mucho que tu demanda es justa, como »me dijo Clemente VIII, le pediría los religiosos que están ha»ciendo milagros, etc.»

Aparte de los frailes, iban, no ya en la segunda, sino en la tercera expedición, personas que pudieran escribirla. Tales eran Juan de Iturbe, veedor y contador de la flota, que protestó contra las determinaciones de Quirós; el escribano de la capitana Juan de Arano y el religioso F. Juan de Merlo, que según el almirante Luis Vaes de Torres, hizo relación del último viaje, «como persona que se halló en todo».

Pero lo que más patentiza la poca exactitud de que no hubiera más que Belmonte que pudiese relacionar el último de los viajes, que no otra cosa se deduce de la frase «la falta del escriptor que yo suplía,» es el constar que el cronista oficial de esta expedición fué don Juan de la Peña Muñoz, criado del conde de Niebla, quien «recibió orden y nombramiento del Virrey conde de Monte-Rey para que de su mano escribiese la relación de las tierras, y la hiciese á S. M. del discurso de cuanto se viese ú obrase en el viaje (fol. 24 vto.)» Sin que al demostrar con estas palabras la poca firmeza de uno de los datos en que funda el señor Zaragoza

su afirmación, pretenda yo suponer á Peña autor de parte del manuscrito.

3.° No ha parado mientes en que una historia escrita por un autor, ha de tener, no sólo unidad en el plan, como está dicho, sino también, y esto necesariamente, en la sintaxis, ora narre el historiador en primera persona ó en impersonal; siendo más necesario aún que las referencias se hagan en tercera persona; y en el manuscrito se nota tal desorden, que tan pronto se pasa de la primera á la tercera; ahora se alude al piloto mayor, que era Quirós; ahora habla el mismo Quirós, como prueban los siguientes ejemplos.

En los principios de la relación del segundo viaje se habla en impersonal hasta llegar á la página 27 impresa, donde se lee: «era todo tal, que *puedo* con razón decir, que en la vida *tuve* tanta »pena como que tan bella criatura en parte de tal perdición »quedase.»

¿Quién es el que habla? Sigamos hasta la 76 en que refiriéndose á la bahía Graciosa, que por error material aparece en el impreso de cuarenta leguas en vez de cuatro, describe un puerto de ella, único surgidero que tiene; y á vueltas de repetir el verbo «hay» al principio de nueve períodos cortos, y á veces en el de oraciones, lo que hace pesado el estilo, dice en uno de tantos:

«Hay grandes palomas torcaces, tórtolas de las pequeñas, pa»tos, etc., y otros pájaros que no *conocí*. De sabandijas sólo *vi* unas »negras lagartijas y hormigas y sin mosquitos; cosa nueva en »poca altura.»

Vuélvese, pues, en este párrafo á narrar en primera persona, y continúa en la 78: «Los naturales *ya he dicho* que son negros y »loros, etc., es la gente como la que hay entre nosotros de su »color.»

Y como desde la página 58 hasta la 63 es donde lo dijo, podemos ya deducir que la misma persona escribió los capítulos que aparecen en impersonal, que en primera persona.

Pero, ¿quién fué?

En la página 80, hablando de unos aparatos rudimentarios, hoy muy conocidos, que aplicaban aquellos indígenas á sus piraguas para precaverlas de dar la vuelta en la excesiva escora, se lee:

«De las cuales nacen otros á la larga que se cruzan por un bordo »y sirven de escorar para no trastornarse, de modo que el vaso »sólo sirve de sustentar esta fábrica, etc.»

A más de notarse lo mal expresado que está el concepto, por descuido de redacción, y la exacta aplicación de los términos, hay que tener en cuenta que refiriéndose á estas canoas, ha dicho en renglones próximos, «nuestra fragata cogió una».

Prosigue en la página 88 narrando el motín que acarreó la muerte al Maese de Campo, y después de poner en boca de éste ciertas palabras que dirigió al Adelantado, comenta el escrito como sigue:

«Dijéronme que había dicho más (el Maese): *yo ya agora no soy parte.*»

Luego prueba evidente que lo fué el escritor, y como Belmonte no pudo serlo por no ir á bordo, ni ser probable que á la sazón contara más de ocho ó nueve años de edad, claro es que «circunstancias de lugar y tiempo contrarían, á más de otras razones, la conjetura de atribuirle el escrito».

Estas otras razones fúndanse en no poderse atribuir ni siquiera á un mediano escritor el mal estilo, repeticiones pesadísimas, y aun falta absoluta de sintaxis que salen de relieve en el extracto del viaje primero, en la relación del segundo y en gran parte de la del tercero. Ejemplos son los siguientes párrafos:

Página 98. «Diciendo que en cuanto á comida que ellos *se preferían* de hinchir los navíos de lo que la tierra tenía.»

Página 100. «Habló el que dijo que se habían de ir y dijo: »Ninguno hay que no se quiera ir de esta tierra, y alguno que se »hace muy afuera, era el que más voluntad mostró; pero no im»porta. En resolución ello se dijo mucho en esta parte, esta y »otras veces, y como había mucha gente, muchas razones y con »ellas voces: el piloto mayor acabó las suyas con decir que cuanto »había dicho etc.»

Y es de advertir que tal párrafo se lee á vueltas de los folios mejor redactados del manuscrito.

Página 104. «Que fué bien diferente de los que yo entendí »salió á hacer; pero tantas cosas debieron de *decirle* que á mi pare»cer le mudaron del suyo. Cierta persona me *dijo* había *dicho*, etc.

»Juzgue el de mejor entendimiento, etc., porque yo no me tengo »por bueno para fin de vivos y muertos.»

Página 105. «Oyó el piloto mayor el sonido de un arcabuz y »luego otro; conque á más andar se volvió á la mar, á donde con »cuatro arcabuceros había dejado la barca, y llegando á la playa, »halló á Malope que con dos canoas le vino siguiendo, diciendo, »que esta palabra y otra se le había quedado de nuestro uso y »mostró por seña nos embarcásemos.»

Estos gerundios seguidos, y gerundios aconsonantados, *siguiendo*, *diciendo;* las frases aconsonantadas precedidas de su *conque*, locución tan propia en aquellos tiempos de los que no tenían por profesión el escribir, como rehuida de los escritores; «conque á más andar se volvió á la mar;» esta otra *á* donde con cuatro arcabuceros había dejado la barca, ¿pueden conjeturalmente atribuirse á un escritor tan notable que en prosa no *había quien le aventajase* en el siglo de oro de nuestra literatura?

No; aun cuando no confirmaran la conjetura las circunstancias de lugar y tiempo, ya demostradas y corroboradas en este mismo párrafo por la frase «mostró por seña *nos embarcásemos*» que claramente expresa ser el que narra testigo presencial de los sucesos, diez años antes que Quirós, buscando quien le hiciese el oficio de secretario y cronista, encontrara á Belmonte.

Pero en los anteriores párrafos en que el historiador escribe en primera persona, y en otros muchos por el estilo, que no podrían trasladarse porque sería preciso copiar la mayor parte de la obra, se alude al piloto mayor, que era Quirós; y aunque cae en lo posible y aun en lo probable la referencia de la misma persona que escribía al cargo que ejercía á bordo, y lo corrobora el leerse en los epígrafes su propio nombre, creí deber huir de terminantes que sólo cumplen en los casos evidentes.

Dije, pues, probable, por declararse Quirós esta primera persona en los períodos subsiguientes, y resultar de la comparación con los ya trasladados, el mismo estilo é idénticas locuciones.

En la página 84, en que narra Quirós, se advierte la misma repetición pesada del verbo decir en los modos *digo*, *dije*, *dijo*, que las notadas en la 88; en la 131 se usa el verbo *hinchir* bajo igual acepción que la que tiene en la 98; por último, en la 195 se lee:

«Y en efecto; llegamos al puerto de Acapulco á once de Diciem»bre del año mil quinientos y noventa y siete, etc..., y allí *yo, el* »*capitán Pedro Fernández de Quirós*, me despedí de la Goberna»dora y demás compañeros y me embarqué en una nave pasajera »para el Perú.»

En la página 198, al referir su entrevista en Roma con el embajador de España, duque de Sessa, habla de los papeles, *discursos* y cartas de marear, que exhibió ante la junta de los mejores pilotos reunidos en casa de aquel prócer, el cual los examinó atentamente, obligándole á hacer nuevos papeles de relaciones de viajes, etc., como consta en la cédula del rey á D. Luis de Velasco, inserta en la página 203.

Y cito esto, para notar que no pueden atribuirse á redacción de Belmonte aquellos discursos y relaciones de viajes; papeles todos presentados en fecha muy anterior al conocimiento del escritor con el capitán, como anterior era la fecha en que volviendo Quirós á Caracas escribió sobre aquel punto, como dice en la relación de su primer viaje «donde estuve ocho meses y *noté* y *escribí* muy particularmente las cosas de aquella isla».

Pues si escribió entonces, sin auxilio del que mucho tiempo después desempeñó el cargo de secretario, no hay razón para conjeturar que ahora le auxiliase; y aun cuando esto fuera posible, no existe absolutamente ninguna para suponer á Belmonte autor de una obra sin unidad de plan, ni de método, ni siquiera de sintaxis, sobre todo declarándose Quirós el autor, constando hallarse firmada por Belmonte la suya y no apareciendo en el manuscrito ni la firma ó copia de ella, ni el título que le dió.

Tantas pruebas quedan confirmadas con una concluyente.

En el libro del doctor Cristóbal Suárez de Figueroa, intitulado: *Hechos de D. García Hurtado de Mendoza, quarto marqués de Cañete,* se inserta la relación del segundo viaje. Compulsada con la del manuscrito, resulta tomada casi á la letra, aunque depurada la redacción de asperezas y faltas de sintaxis, y en ella dice Suárez de Figueroa, aludiendo á Quirós «de cuyos papeles refiero esto». Si fuesen de la obra de Belmonte, ¿por qué no había de decir que los tomaba de la *Historia y descubrimiento de las re-*

*giones austriales* de aquel autor, á quien por otra parte es de inferir que conociese y aun personalmente tratara?

El Sr. Zaragoza pudo, pues, prescindir de todo esto, desechar conjeturas, omitir raciocinios, pasar por alto pruebas evidentes, contrarias á su declarado afán, desentenderse de las frases en que se lee «yo Pedro Fernández de Quirós,» poner á un lado otras muchas en que el mismo Quirós habla, cerrar los ojos ante la realidad de confesiones manifiestas, como podrá cerrar los oídos á la crítica, para conjeturar que las dos relaciones de viajes que compila precedidas del mal extracto de uno anterior, están escritas por otro que no es el que se declara autor; pero lo que no puede hacer sin atropellar todo derecho es dar á estos manuscritos el título de una obra declarada de autor conocido.

Y mucho menor derecho puede tener para impugnar el dictamen de una Academia, porque no comete la ligereza de manifestar determinadamente quién fuera el autor de un manuscrito anónimo, y ateniéndose á lo que lee en la parte que se le remite á informe, ó sean las dos primeras, lo atribuye lógicamente á quien declara serlo en el texto, descartando, por razones de lugar y tiempo, una conjetura, que á mayor causa, ignoraba se hubiera ya aventurado.

Sólo puede, si no excusar, atenuar este proceder, el amor á las propias inspiraciones, que ha sido el móvil de la impugnación; pero el amor más exagerado en que el hombre tenga lo suyo, ni excusa ni atenúa los inmotivados ataques con que se reviste á esta impugnación; á mayor causa no pudiendo aparecer en el mismo libro la defensa, siendo éste por su índole llamado á gran publicidad en países extranjeros, especialmente en los de la América, un tiempo española, donde subsiste por base del carácter la animadversión al principio de autoridad, y bastando esta circunstancia para que se acepte sin examen cuanto redunde en menoscabo de la Corporación que representa en este caso aquel principio en materias de su instituto.

Muy lejos mi ánimo de creer que tal fuese el propósito del señor Zaragoza; ni ¡cómo imaginarlo dados sus antecedentes, ilustración, patriotismo, y sobre todo su carácter de alto empleado de la

Administración del país! Pero á este extremo lleva el amor á las propias inspiraciones.

¿Qué mucho, si su clara inteligencia se ofusca hasta el punto de ver versos en una prosa aconsonantada ó asonantada, y por ello mala, y tenerlos por indicio de que la debió escribir un poeta, solamente porque Belmonte lo fué, olvidando que los poetas al escribir en prosa huyen como los prosistas de la igual desinencia de los períodos que tanto afean el lenguaje, salvo siempre los casos en que la sustitución de una palabra por otra ataque á la substancia del escrito, y ofuscándose hasta el punto de convertir tan craso defecto en cosa plausible para atribuirla al que colaboraba con Moreto, Calderón de la Barca, Herrera, Rojas, Martínez, Meneses, y cuyas novelas—entre las cuales como reconocidamente suya, consta la que lleva por título el que el Sr. Zaragoza da á las relaciones—pudieran adquirirle cada una el mérito de ingenio grande, y constituían trabajos *que serán de los que mejor reciba España por el donaire, invención y agudeza con que escribe la prosa?*

Así se lee en el prólogo del códice que perteneció á D. Diego Luis de Arroyo y Figueroa, donde se dan noticias de las obras de Belmonte, «notabilísimo poeta y escritor prosista que continuó una de las novelas de Cervantes;» y examinando el manuscrito, hay que convenir en que de ser exacto cuanto allí se dice, ó no puede ser suya la redacción de la mayor parte de él, ó si lo fuera, se ha apurado la hipérbole al alabar condiciones que resultan evidentemente contrarias.

Verdad que la divergencia de criterios en esta parte es notabilísima; y de aquí dos encontradas apreciaciones. El Sr. Zaragoza cree notable la redacción del manuscrito por lo buena; yo, si no la considero notable por lo mala, estímola vulgar en su mayor parte, descuidada, áspera y de mal estilo. Tal impresión me causó antes de examinarlo, y tanto, que al pasar del prólogo del Sr. Zaragoza al texto de las relaciones, experimenté una sensación semejante á la que se advierte cuando se pasa de las baldosas de las aceras á los guijos incrustados en el desnivelado suelo de algunas calles de esta capital.

Su lectura detenida me confirmó las razones de la impresión, y

no pude menos de recordar que lo uno hallábase escrito en el siglo de los Cervantes, Solís, Marianas, Melos, Mejías y Mendozas, y lo otro en uno que, si no decadente respecto al anterior, llama siglo de oro de nuestra literatura á la época del manuscrito.

Y como de Belmonte se dice, aludiendo al cargo de secretario y cronista, que en él se hallaban las partes que requerían ambos oficios, «porque en razón de letras *no conocemos en España quien le exceda, y no sin dificultad se podrá hallar quien le iguale;*» claro es que debía esperarse un estilo, un lenguaje, una sintaxis, una redacción, en fin, propia del escritor que continuaba una novela de Cervantes, y que con dificultad encontraría quien le igualase en el mejor siglo de nuestra literatura.

Desdichadamente lo único de él que podemos presentar para establecer comparación, es la dedicatoria de su poema la *Hispalia al Mecenas sevillano D. Juan de Arguijo*, que dice así:

«Si las cosas naturalmente buscan su esfera y centro, y fuera »de él se hallan violentadas, no será justo que de mi parte le »niegue el suyo á mis versos, que cuando por sí solos pueden »valer algo, faltárales con justo título la estimación como á huér»fanos, si fueran tan soberbios que pudieran sustentarse un punto »fuera del centro que les llama, y en lo que echo de ver (si ya »los ingenios de España sienten por sí lo mismo) que v. m. es el »asilo en que pueden estar honrados y seguros, es que no tenían »sosiego cuando se encaminaban á buscar otro dueño. Agora pue»do llamarlos dichosos, pues han llegado á quien los honre por »humildes y ampare por reconocidos.»

También pueden trasladarse los siguientes párrafos que pertenecen, según entiendo, al prólogo de la comedia *Algunas hazañas de las muchas de García Hurtado de Mendoza*, que escribió en unión de otros poetas:

«Si los soberbios romanos, que dominaron con las armas los »últimos confines de la tierra, se vieran en campaña con los in»domables bárbaros de Chile, sin duda perdieran el antiguo es»plendor de su monarquía; porque el antiguo furor de los arau»canos los arrojara á morir hasta postrar en tierra las águilas de »sus banderas.»

«Lucano, describiendo las naciones que en favor de Pompeyo

»y César juntó la fortuna en los campos emathios, nombra á »cada uno con epítetos diferentes, si bien legítimos; y llegando á »la nuestra dice: halláronse también al trance de esta guerra los »peleadores españoles; de suerte que á España sola señala con »atributos de... guerra...»

«El estado de Arauco, breve en el sitio, pues contiene sólo 18 »leguas, está labrado con huesos de españoles, que con menos »soldados que ha costado Chile, se hizo Alejandro señor de todo »Oriente.»

«Estando yo en Lima el año de 605 me contó un capitán de »aquellos Estados que un levantisco (revoltoso) soldado nuestro »se había pasado á los bárbaros... etc.»

Veamos ahora, para establecer la comparación, algunos trozos del manuscrito, por si los ya expuestos no fueran suficientes á dar idea del estilo encomiado por el Sr. Zaragoza del «gran narrador y literato»; donde resultan sobre todo «las dotes del genio poético».

En el extracto del diario de Gallego, que sirve como de corchete á las dos relaciones de los de Quirós, se lee, página 13:

«Entendióse se había hecho este daño por un muchacho que »les tenían y no se le había querido dar el general, aunque el ca»cique lo había pedido trayendo un puerco y rogando se le diese; »tomáronse el puerco diciendo hablase al general que estaba en »tierra, y como no se le dió, sucedió la desgracia contada, que se »entendió ser por esto.»

«Otro día después de sucedido lo dicho, envió el general al ca»pitán Pedro Sarmiento que con toda la gente saliese á tierra á »hacer castigo así en los indios como en sus casas, mató veinte y »quemó muchos pueblos, con que se volvió etc.»

En la página 16, hablando de la isla de Santa Catalina, dice: «La boj es cuatro leguas; es baja y llana; tiene muchas palmares; »es muy poblada etc.: de la de Santa; tiene de boj siete leguas; »está baja y redonda, con un alto en medio á manera de castillo, »es bien poblado y fértil, tiene puercos y gallinas y un puerto »muy bueno á la parte del Leste: saltó el caudillo en tierra y los »indios acometieron á los *nuestros*, etc.»

En la 18: «Vióse tierra y fuése á ella; no se surgió por mucho

»fondo; salió en el batel á buscar agua y vistos los naturales se »huyeron.»

En la 20: «Fué (el viento) rodando hasta que se hizo Oeste, »conque se navegó al Leste de 29 grados. Pasó el viento al Nor-»oeste muy furioso, conque corrió al Sueste y duró hasta cuatro »de Noviembre y bajóse á veinte y seis grados por no se poder »tener el costado á la mar. Saltó el viento Leste y navegóse al »Nornordeste, púsose un mastelero por árbol mayor con una vela »que parecía de batel, conque se caminó, etc.»

Pasadas unas líneas, prosigue: «Andando en estos contrastes, »desaparejados y hambrientos, día de Santa Isabel dió viento, »conque se puso la proa al camino.»

En este conjunto de palabras que parecen salidas á borbotones, esta confusa redacción en algunos períodos, como «salió gente en el batel á buscar agua y vistos los naturales se huyeron;» esta lección *conque*, tan repetida y vulgar (1), no son imputables en buena crítica al que tenía por colaboradores á Mira de Amescua, el conde del Basto, Luis Vélez de Guevara, Ruiz de Alarcón y otros no menos notables.

Y la falta de sentido al mal extractar, hasta desfigurar los folios del diario de Hernán-Gallego, que tengo á la vista, conservando la voz del escritor en las frases «nuestra gente,» «acometieron á los nuestros,» «hirieron á los nuestros,» cuando en otras se lee: «Quisieron echar mano,» «se hicieron las naves á la vela, etc...» Tal infracción de la unidad, tal ataque al sentido, ¿deben atribuirse al discretísimo é intencionado autor del *Diablo predicador*, al escritor que en prosa encontraría pocos que le igualasen?

Por último, ciérrase el extracto con el siguiente período:

«Su piloto (el de la Almiranta) se llamaba Pedro Rodríguez; »surgió día de la conversión de San Pablo: vino Samano, algua-»cil mayor de México, á saber que gente era; el cual, dando ve-»las á dos de Marzo y á veinte y dos de Julio de la Punta »de Santa Elena, costa del Perú, Don Fernando Henrique, al-

(1) Locución y estilo que se nota en las Relaciones de viajes y Diarios de navegación de los pilotos de aquellos tiempos.

»férez real llevó la nueva á Lima, conque se acabó este descu-»brimiento.»

Esta redacción tan confusa que el mismo Sr. Zaragoza no puede menos de advertirlo, ¿es propia del ingenio á quien Lope de Vega daba lugar entre los hombres célebres de su jardín alegórico? (1).

Y todo ello aparte de la falta de exactitud del mal llamado extracto, especialmente en las fechas, que ninguna está conforme con el diario de Gallego. La entrada en el puerto de Santiago fué, según éste, á 24 de Enero, no á 22 como el extracto dice, y tras omisiones de puntos muy interesantes de la derrota, fija en 2 de Marzo, en vez del 10, una salida, que por el diario sabemos fué para Acapulco; así como el 22 de Julio, en lugar del 19, la llegada á la punta de Santa Elena; y termina con la locución de su estribillo *conque*, propia del que extracta, puesto que no aparece en el diario.

Expuestos quedan algunos trozos de la relación del segundo viaje, que pueden traerse como ejemplos, y no acabaría si hubiera de citar oraciones y períodos, muchos como éstos, en estilo de aleluyas:

Página 31. «El Maese de Campo dió un golpe con el bastón á »una persona de consideración.»

Página 83. «Esto de faltar reportación y prudencia ¿qué no »destruirá? Ya abajo se verá.»

«A esta desenvoltura respondió el Adelantado con mucha pa-»ciencia y mostrando gran tristeza.—No harán, no harán mos-»trando gran triste y callando.»

Página 255. «El uno de ellos era mozo muy dispuesto y muy »hermoso.»

«Los indios que ya estaban contentos les dieron agua á beber y »pescado que traían para comer.»

«...y se decía se quería alzar con la nao, y si tardaba dos días »no lo podría remediar. Hombre hubo que le dijo, que por esto »estuvo determinado de darle de puñaladas y echarlo á la mar.

---

(1) «Resplandece en su fábrica Belmonte» (Epist. 8.ª de la *Filomena*). V. el Catálogo del *Teatro de la Barrera*, pág. 29.

»Estas y otras cosas se decían que el capitán no creía, etc.»

De períodos por el estilo saca versos el Sr. Zaragoza, y los metrifica y escribe, como aparece en su prólogo. Por ejemplo: en la página 263 se lee:

«Venían cantando todos al son de sus canaletes siendo uno de »su capilla el Maestre á quien juntos respondieron, y por más »señas nos dijeron llamásemos á la Almiranta que por montar »cierta punta seguía la vuelta de fuera, mostrando de ver que se »iba, etc.»

En este párrafo, que en verdad es de los menos asonantados, ve el Sr. Zaragoza versos de distintos metros, son sus palabras, y lo escribe en esta forma:

Venían cantando todos
Al son de sus canaletes
Siendo uno
De su capilla el Maestre
A quien juntos respondían
. . . . . Mostrando de ver.

La licencia que se ha tomado no consiste más que en continuar su poesía con la frase, que no creo tenga mucha, «Mostrando de ver» y descartarse de la que le antecede, que explica por esta otra ya en prosa, «cuando la nao Almiranta por montar cierta punta seguía la vuelta de fuera».

Pero no ya en mala prosa, sino en párrafos sin marcada eufonía, emplea el sencillo procedimiento de dividirlos por cortes de á ocho sílabas ó poco más ó menos, para que el lector admire la siguiente composición, que por no indicar la página donde se halla en el texto, no podemos saber si también habrá tenido que alterarla.

«...que se iba tanta pena cuanto quedaron gustosos ya que la »vieron volver; y nos daban á entender, apuntando con los de»dos, que volviésemos á su puerto. Lo para que, saben ellos. Po»nianse muy enhiestos, y con los brazos y manos, piernas y pies »y sus remos, hacían con gran destreza sones, bailes y ademanes. »Su mayor tema era música.»

Después de estampar estos llamados versos, escritos en forma de tales y con la inicial mayúscula al principio de cada uno, que por lo menos á tanta alteración del texto le obliga la inspiración propia, añade: «Por fin y para no cansar más repitiendo los abun»dantes versos de la obra, terminaré con éstos de las páginas 349 »y 50» é inserta unos sacados de este período.

«En esta y en otras ocasiones en que los pilotos le vendían el »tiempo y le obligaban á creer cuanto decía, á tomar cuanto le »deban medido como querían. Finalmente este día y otros dos se »porfió por entrar en la bahía; los navíos no salieron, el viento »no se aplacó, con cuya fuerza y la nao con poca vela la proa á »Lesnordeste, etc.»

También á mi vez terminaré haciendo notar que en la primera cuarteta que escribe y saca de la página 243, ha tenido que hacer una trasposición para buscar el consonante, de lo cual resulta, que si el autor no sabía escribir prosa por ser poeta, el poeta ignoraba las reglas de versificar al hacer versos prosaicos, como el mismo señor Zaragoza demuestra al corregirle, y de aquí que ó no lo fué el autor laureado en el siglo de oro de nuestra literatura, ó si lo fué, tuvo la habilidad de disfrazar su mérito hasta ponerlo completamente en contra de su fama.

Tales párrafos citados y algunos más que citaré, no ya del primero y segundo, sino del tercer viaje, único á que no se oponen las razones de lugar y tiempo que pueda atribuirse á Belmonte, darán mejor idea del estilo que el señor Zaragoza considera bello, con especialidad en la última parte del manuscrito.

«Llegada, recibió el capitán una carta, diciendo el almirante en »ella que aquella noche pasada se había muerto el farol de la Ca»pitana, y como iba enfermo, no veía lo que pasaba ni todo lo »que mandaba, etc.»

No sé cómo no habrá hecho otra composición poética del párrafo trascrito, cuando sigue inmediatamente al de la cuarteta corregida de que llevo hecha mención.

Página 257. «Estas y otras cosas se decían que el capitán no »creía, sino lo que les oía decir de ruin sonido y lo que les veía »hacer de mal parecer.»

Página 274. «.... que los fuerza á quien gobierna hacer del

»ladrón fiel; porque á ser de otra manera, sería guerra casera.»

Página 302. «.... y miraban á los nuestros y á su tierra, mos»trándose algo inquietos, por lo que los de la zabra, de que es»taban cerca, dispararon un verso para espantarlos, y así lo hi»cieron; pues bogando á gran prisa se huyeron... por ser este el »que faltaba y con tantos deseos se buscaba; pues sin puerto, el »descubrimiento hecho fuera de poca importancia. El otro día, »tres de Mayo, surgimos los tres navíos con grande alegría en el »puerto, etc.»

Pero ¿á qué molestar con mayor número de citas, que para el propósito son secundarias? Creo haber demostrado que el capitán narra explícitamente en muchos puntos del manuscrito; y como es lógico atribuir el resto de una obra al que se declare autor en cualquier parte de ella, siempre que el estilo corrobore la conjetura, dije en el informe *que parecía de Quirós*. Añadí que circunstancias de lugar y tiempo contrariaban la paternidad de Belmonte, fundado, entre otras cosas, en la frase de la relación del viaje segundo, *agora ya no soy parte*, escrita en períodos donde se habla del piloto mayor, lo cual evidencia que, si no es también suya nombrando su cargo en tercera persona, hay necesariamente que atribuirla á un testigo de los hechos que no pudo ser Belmonte, por no ir á bordo ni acompañar á Quirós hasta diez años después, ó sea en 1605 en que lo tomó para ejercer el oficio de secretario y cronista en su tercer viaje. Dije, por último, que poco importaba para el caso averiguar el autor, porque de la Academia se requería que informara sobre la utilidad de la publicación del manuscrito; y fácil es comprender que si anónimo resultaba útil, no dejaría de serlo por falta de conocida paternidad.

Esto dice el informe y esto resulta de las pruebas. Si hubiera el menor motivo para rectificar, honraríame confesando el error.

Veamos lo que queda del ataque del Sr. Zaragoza. La importancia que mi ilustrado amigo da á la averiguación del autor del manuscrito, es puramente de relación é hipotética: es importante por atribuirlo á Belmonte. Hasta en este punto tengo el sentimiento de disentir de su opinión. Creo que en tal linaje de escritos merece la preferencia el que reconozca por autor á uno de la profesión de que trata, siquiera fuese profano en literatura,

más que á un consumado literato ajeno á la profesión. Valen por ende mucho más las relaciones de viajes publicadas por el señor Zaragoza, siendo de Quirós, que si fueran de Belmonte.

Probado hasta la saciedad que á éste en sana crítica no puede atribuírsele el manuscrito, porque además de todo lo expuesto leeríase bajo tal hipótesis: «y allí yo Luis de Belmonte Bermúdez,» en vez de aparecer, y allí yo Pedro Fernández de Quirós, etcétera, pensaba dar punto á esta polémica, cuando después de las afirmaciones de su prólogo, de la prosa metrificada que en apoyo de ellas presenta, y de las seguridades que da, rematadas con el regalo que hace del título literal de la obra de Belmonte al manuscrito que Navarrete encarpetó bajo el epígrafe «*Dos relaciones de viajes*, etc.», llego á las siguientes conclusiones del prólogo mismo.

1.ª «Que el poeta Luis Belmonte Bermúdez fué quien extractó el primer viaje.»

Probado queda que no: de otro modo no le envidiaría Quirós ni su pluma ni su sentido:

2.ª «Que escribió Belmonte, dictándole tal vez los sucesos el propio capitán portugués, el verificado por éste con el mismo Mendaña, que el doctor Suárez de Figueroa dió á conocer en la *Vida y hechos del marqués de Cañete.*»

Pues si dictó Quirós, ¿no es autor el que dicta y amanuense el que escribe lo dictado? Y que Quirós lo fué, confírmalo según hemos visto el mismo Suárez de Figueroa. No comprendo cómo el señor Zaragoza supone al laureado literato escribiente de una obra de que un piloto era autor, sin que le detenga el contraste que resultaría de imaginar á Quirós mandando las maniobras, conforme á las voces que Belmonte le apuntara.

Y hecha esta concesión, ¿cómo asegura que el manuscrito es la obra de Belmonte *Historia del descubrimiento de las regiones austriales* catalogadas entre las de aquel ingenio, y cual si fuera incontrovertible la conjetura le regala el mismo título? ¡Tanto valdría sostener que el poema la *Hispalia* era de Quirós! Sobre todo, ¿cómo estando firmado por Belmonte su trabajo, no aparece en el manuscrito ni el título ni la firma? ¿Hemos de suponer acaso que el copiante suprimiría de capricho los dos rasgos más

característicos de toda la obra, lo cual equivaldría á imaginar la copia de un retrato de cuerpo entero sin pies ni cabeza? ¡Cuánto más lógico inferir que el piloto para completar estas relaciones pudiera tomar algo de la obra análoga del literato, sin que por ello encontrara la conjetura otro fundamento que la posibilidad, ni más móvil que el deseo de sostener, siquiera con tan efímero apoyo, una inspiración no bien aventurada en materia de historia!

Y porque de tal criterio ha huido la Academia, incurre en la censura del Sr. Zaragoza. Si hubiese caído en la tentación, cosa difícil, de aventurar especies tan sujetas á errores, ¿le cuadraría el dictado de Guardadora fiel de la Historia patria, que mi amigo le da en párrafo meditado de su escrito? La Corporación, pues, juzga sobre lo exacto, y emite su informe con la parsimonia que le cumple.

¡Bueno fuera que la *Guardadora fiel de la Historia patria* se hiciese eco de novedades, ó sin pruebas concluyentes asintiera á inspiraciones, por respetables y autorizados que en la república de las letras corrieran los nombres de los que las hayan concebido! Y claro es que la tesis tiene aplicación relativa á cada uno de los individuos que la componen, cuando por su mandato han de informarla. Porque es muy distinto descubrir, con más ó menos fundamento, un escritor anónimo á un público que para no curarse de accidentes supone el asunto juzgado por el que publica, é informar en materia de su instituto á una Corporación que no sólo juzga del dictamen, sino á la vez del ponente; tanto que, de hacer suyo el informe, la responsabilidad contraída contrapesa con exceso el halago de la honra dispensada.

Crea el Sr. Zaragoza que si algún día le deparase su mérito sitial análogo al en que colocó la fortuna al que esto dice, habría de moderar sus inspiraciones, hasta sujetarlas á la prueba, esta responsabilidad de que hablo. Y si tal le acontecería acompañándole siempre su merecimiento, infiera lo que sucederá á quien, como yo, teme siempre que le abandone la fortuna. Su inspiración ha obligado á molestar á la Academia con este escrito que mortifica por su procedencia y peculiar índole, y oblígame, por último, á rogarla que tenga á bien nombrar una comisión que,

examinándolo, decida la parte donde la razón se encuentra, pues que mi único objeto es reivindicarme ante vosotros, Sres. Académicos, del ataque infundado contra un informe que se ajustaba, y creo se ajusta, á la sana crítica.

La Academia, sin embargo, resolverá lo más oportuno.

Madrid, 21 de Junio de 1877.

JAVIER DE SALAS.

---

## VI

### SOBRE LOS TRABAJOS DE FRAY PEDRO CID Y DEL SR. D. RAMON BARROS SIBELO PARA ILUSTRAR EL SEGUNDO CAMINO DE BRAGA A ASTORGA

Las recomendables investigaciones hechas por Fray Pedro Cid, cura párroco de Junquera de Ambia, partido de Allariz, provincia de Orense, para ilustrar el segundo camino romano, que desde Braga paraba en Astorga, y el descubrimiento que logró de un interesante miliario en el término de la aldea de Busteliño, empeñaron á nuestra Academia en poner en claro aquella parte del Itinerario de Antonio Caracalla. Habiendo fallecido á poco tiempo Fray Pedro Cid, fué preciso buscar nuevos auxiliares para la empresa, y, á propuesta de esta Comisión, se ofició con fecha 4 de Octubre de 1859 á la general de Estadística del Reino á fin de que, valiéndose de sus delegados en la indicada provincia, solventase varias dudas que ocurrían acerca de la dirección de la vía romana, y sobre la lectura de muchos miliarios que han llegado hasta nosotros. Al punto acudió la Comisión de Estadística al Gobernador de Orense, éste á la de Monumentos históricos y artísticos, y diputaron al efecto á D. Ramón Barros Sibelo, el cual parece se ocupa en escribir una *Historia monumental de Galicia*, y se conceptuaba muy á propósito para el caso.